



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DEUANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11059

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 17 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rus Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL "CHERIVON"

La prensa ha bautizado este buque con un nombre nuevo que le cuadra á las mil maravillas: «El buque de la muerte». En él y el que ha conducido á España al general Toral, ha venido el resto de la guarnición de Santiago de Cuba; con su llegada á España han quedado repatriadas por completo las tropas que se batieron en Baiquiri y Sevilla, los que pusieron en el Caney muy alto el pabellón, las que desde el Morro y la Socapa tuvieron á raya durante tres meses las escuadras de Sampson y Schley, las que no obstante su audacia y heroísmo tuvieron que ceder sin embargo á la superior artillería del enemigo, factor principal en las modernas guerras.

De como han venido no hay que hablar. ¿Para qué? No hay ciudad, ni villa, ni caserío, por insignificante que sea, que no haya recibido á un soldado de los que había en Cuba, ni hay español que en presencia de esos seres anónimos que apenas si pueden arrastrar su cuerpo enlaquecido, no se asombre al pensar que esos mismos soldados á quienes compadeció y auxilió con caldo y Jerez para prolongarles la vida son los mismos que pelearon á las órdenes de Vara de Rey en la acción memorable y heroica en que perdió la vida dicho general.

El «Cherivon» ha puesto término á esa repatriación penosa del ejército de Santiago de Cuba. Ha venido á relaguardia de los Jemas vapores, el último, con la impedimenta de enfermos y heridos. Su carga consistía en 739 enfermos, todos graves, sacados del hospital para llevarlos al buque; pero aquella cifra ha disminuido de tal modo en el viaje, que al embocar el «Cherivon» el puerto santanderino, solo le quedaban á bordo 632.

El resto, esto es, ciento siete, habían encontrado en el fondo del mar la sepultura.

¡Y aun hay quien habla de resistencias humantinas! ¿Por qué ni para qué? Se pelea con hombres robustos contra hombres, y en Santiago de Cuba han peleado esqueleros contra piezas de artillería, es decir, el máximo de la debilidad contra el máximo de la fuerza.

Bien venidos sean á la patria los que han podido verla de nuevo.

GLORIAS NACIONALES

Vuelve Granada á poder de las tropas españolas

17 de Septiembre de 1812.

Destrozados los ejércitos franceses de Extremadura y Portugal en la memorable batalla de los Arapilés, los restos del ejército tuvieron que repliegarse, perseguidos por los anglo-españoles, á las provincias andaluzas, y los del segundo al Centro, quedando por tal motivo, el ejército de Andalucía sin protección por parte de la región extremeña.

Como á esto se unía que el enemigo amenazaba aislar á los ejércitos de Andalucía y Levante del resto de las tropas napoleónicas, y por la parte de Sevilla, corría el riesgo de Extremadura, estaba llevando á efecto un movimiento envolvente, que podía ser de fatales consecuencias para los imperiales, éstos, los que se hallaban en las provincias andaluzas y en los antiguos reinos de Valencia y Murcia, recibieron orden de concentrarse hacia el Centro.

Los aliados, continuando su movimiento de avances, perseguían á las tropas francesas en su retirada, y como á éstas no convenia empeñar combate, lo rehusaban acelerando la marcha.

El 16 de Septiembre de 1812 llegaron á Granada algunos batallones y escuadrones imperiales, cumpliendo las órdenes de concentración, y como en

pos de ellos marchaba á muy poca distancia una columna enemiga, la división del general Ballesteros, sin casi detenerse, abandonaron la ciudad de la Alhambra unidas á su guarnición.

Al amanecer del siguiente día hicieron su entrada los aliados en Granada, siendo el príncipe de Anglona el primero que penetró en ella.

La guarnición citada fué la última fuerza francesa que abandonó las provincias andaluzas, en las cuales no volvieron á pisar los invasores en el año y pico que aún duró la guerra

MARSE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

PENAS OCULTAS

Tienen en este mundo
Todos los seres
Cien horas de amarguras
Dos de placeres,
Que quien menos se piensa
Lleva en el pecho
Un corazón herido
Si no deshecho,
Y yo, aunque exhalo alegre
Dulces cantares,
También guardo en el alma
Muchos pesares.
Mas si con mis dolores
Luchó y batalló,
Nadie podrá decirlo:
¡Tan bien lo calló!
En mis labios las quejas
Fuera vacías.
¿Quién puede comprenderme
Las penas mías?
¿De qué puede servirme
Cantar mis penas
A personas que pasan
Por ser muy buenas,
Si carecen, las pobres,
De entendimiento
Para juzgar con frío
Razonamiento?
¿A qué buscar consuelos
En corasones,
Que laten solo á impulso
De las pasiones?
Que aunque cause tristezas
El confesarlo
Todo es así en el mundo,

No hay que dudarlo
Y el que me juzgue escéptico,
Cruel ó duro,
Ha de rectificarse,
Yo lo aseguro.
En este pobre mundo
Hay poco bueno;
Todo es falsía y barro
Mentira y oíeno.
¿La amistad? Del sarcasmo
Lleva el estigma.
¿El amor? Un absurdo,
Un negro enigma.
Las ternuras, los besos,
La idolatría...
Todo interés, engaño
ó hipocresía

Puede que alguien me diga:
— Recobra el seso;
Y si crees lo que dices
No escribas eso.
No queremos oírte
Tus fantasías,
Ni tus horribles penas,
Ni tus manías...
¡Oh! no; sé que al contarías
Os atormento
Y como os cause enojo
Ya no las cuento.
Proseguiré exhalando
Dulces cantares
Aunque guarde en el alma
Muchos pesares;
Que tienen en el mundo
Todos los seres
Cien horas de amarguras
Dos de placeres,
Y quien menos se piensa,
Lleva en el pecho
Un corazón herido
Si no deshecho.

CARLOS PALACIOS.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

(CONTINUACIÓN)

Dejemos, pues, el corso, y vamos al viaje del general Cervera á las Antillas. Empezaré por ocuparme de un hecho anterior á mi entrada en el Ministerio: me refiero á la Junta que aconsejó el envío de la escuadra á las Antillas al empezar la guerra

Su Señoría ha recordado esa Junta, que fué secreta, y cuyas discusiones y opiniones emitidas ha revelado en parte S. S., no ciertamente por completo ni con la necesaria exactitud, siendo más de sentir que si S. S. ha logrado el privilegio de romper el secreto, para ocuparse de ella, no lo haya hecho con mayor exactitud; porque el que no sabe las cosas tiene disculpa en el error; pero el que las conoce no la tiene.

En esa Junta, que no fué Junta de guerra, como S. S. ha dado á entender, sino de generales invitados á una conferencia por el que entonces ocupaba la cartera de Marina, con el deseo natural y plausible de confortar ó modificar sus opiniones con el consejo de sus compañeros en un asunto técnico, teniendo en cuenta también que su opinión no concordaba con la del almirante de la escuadra, se emitieron y se discutieron distintas opiniones; pero no ocurrieron las cosas como S. S. las ha referido.

Había allí 19 almirantes de distintas categorías, desde el más anciano, desde la más alta jerarquía de la Armada, con setenta años de servicios, hasta el último y el más modesto, que era el mismo que en estos momentos tiene la honra de dirigirse al Congreso.

No se manifestaron las tres tendencias que ayer expuso S. S.; no hubo absolutamente nadie que en aquella ocasión hablara de enviar la escuadra á Filipinas, como S. S. afirmó á pesar de conocer S. S. el acta, según dice; hubo dos solas tendencias; una, en la cual estuvieron acordes 15 almirantes, opinando que debía seguir la escuadra para las Antillas, si bien modificando en algo el primer propósito del Ministro de Marina; hubo otra segunda opinión que no era unánime en sus detalles, aunque sí en lo esencial; cuatro ó cinco almirantes discreparon de la mayoría, no estando ellos entre sí totalmente de acuerdo como lo estaba la mayoría, pero en general, aunque con diversas salvedades, opinaban también que la escuadra debía seguir á las Antillas, y discrepaban respecto á la oportunidad y á otros detalles que habian de acompañar á esta medida.

De suerte, que en realidad, en cuanto al hecho esencial de si la escuadra debía ó no ir á las Antillas, no hubo en aquella Junta divergencia alguna, y en cuanto á la opinión de que fuese á Fili-

dos se apoderasen de la dama, y apesar de sus gritos la llevasen á la vuelta de la iglesia, donde esperaba la silla de manos, y la metiesen en ella.

Así las cosas, al sonar las diez de la noche salieron el hombre y la dama; él con su linterna, ella recatadamente envuelta en su manto.

XII

Al llegar al medio de la plazuela, el hombre que acompañaba á la dama cambió la linterna de la mano derecha á la izquierda, tiró de la espada, y cubrió con su cuerpo á la dama.

Había visto cuatro hombres embozados que se dirigían decididamente hacia él.

Al llegar á poca distancia, dos de aquellos hombres se desembozaron, se terciaron las capas, tiraron de las espadas y acometieron al de la linterna.

A la luz de esta, el acometido vió que aquellos hombres llevaban antifaz.

Los otros dos, que no habian desnudado las espadas, arremetieron á la dama, la arrancaron violentamente del brazo de su acompañante, y partieron con ella.

El manto desordenado por aquella brusca acometida

si era necesario toda la noche, y á los otros cuatro que aguardasen media hora antes de las ánimas junto á la iglesia de San Millán hasta que se les presentase un hombre encubierto, á quien debían seguir y obedecer.

En efecto, el hombre encubierto se presentó después de las ocho á los cuatro picaros que esperaban junto á la iglesia de San Millán.

Aquel hombre era el marqués de Castroviejo, que venia de acechar el postigo, y que había visto salir por él y trasladarse á la iglesia de San Andrés el hombre y á la dama encubierta.

Contrariaba un tanto al marqués el que aquella noche hacía luna.

Sin embargo, su impaciencia no le permitía esperar.

El ascediente del almirante sobre el rey crecía, al paso que el del marqués menguaba.

XI

El marqués fué á esperar con sus cuatro hombres la salida de la dama de la iglesia.

Por el camino les dijo de lo que se trataba; les encargó que cuando la dama y el hombre saliesen, desearrojasen á estocadas sobre el hombre, y otros

El marqués dudaba ya entre quedarse ó irse, cuando en el postigo sonó el ruido de una llave.

Se abrió, y el marqués vió el reflejo de una luz, luego una linterna, que era la que aquella luz producía, y llevando la linterna un hombre en quien por la estatura y el continente reconoció al negro de por la mañana.

Salió después una dama de apostura extraordinariamente gentil, completamente envuelta en un manto, cerró el hombre el postigo, y dando el brazo á la dama emprendió con ella á buen paso la marcha.

El marqués los siguió recatadamente hasta la iglesia de San Andrés, en la cual entraron por la puerta de la sacristía, á la que había llamado el hombre.

El marqués esperó dos horas largas.

Al cabo de ellas se abrió de nuevo la puerta de la casa del sacristán, y cuando el marqués creía ver aparecer al hombre y á la dama encubierta, aparecieron un lego con un faro y un padre grave de la orden de predicadores.

El marqués esperó aun después de haberse alejado el fraile y el lego.

Un cuarto de hora después, se abrió de nuevo la puerta de la sacristía; salieron el hombre y la dama, y el marqués los siguió hasta la calle del Almendro,